LA BESTIA

R.D. Abril

LA BESTIA

R.D. Abril

Avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2023
©R.D. Abril, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-34-3
IBIC: FM
DEPÓSITO LEGAL: M-31448-2023

A Antonio, pedacito de mi corazón, motor de mi vida

Capítulo 1

Illianis

Con el descubrimiento de las nuevas tierras, los últimos doscientos años han sido decisivos para los imperios de las Tierras Antiguas. La ciudad de Illianis, que ha mantenido su poderío en ellas durante centenas, hace un intento desesperado de controlar los nuevos asentamientos. El rey Aarón, al igual que sus antecesores, a muchos señores feudales, los ha nombrado gobernadores y enviado en travesías de quince a veinte días en barco, atravesando el océano, a cambio de poder, riquezas y el control de los nuevos asentamientos. Con el paso de los años, ya se han establecido como pequeños pueblos, que luchan por sobrevivir y sobre todo apoderarse de las Tierras Nuevas, habitadas por tribus; algunos han hecho alianzas, otros pelean a muerte por sacar a los invasores. Pero la noticia de nuevas tierras, fértiles y llenas de riquezas ha atraído a muchos aventureros; familias enteras han venido a establecerse, aunque muchos hombres se han atrevido a tocar más allá de las riquezas de la Tierra, algunos a la fuerza, otros siguiendo al amor, que tomaron por esposa a alguna joven de las tribus que habitan estas tierras.

Gabriel, nacido de una hermosa joven de la tribu Antú de las tierras bajas, de nombre Oinotna, de la unión con Erner Hander, un viajero de una pequeña ciudad, Lirba, parte del imperio de Illianis. Erner había logrado ser aceptado en la tribu, enseñar su idioma y aprender el de ellos. Oinotna falleció en el parto, Erner, con la ayuda de Madre Taini, la sabia guía de la tribu, crio a Gabriel, un líder nato y experto comerciante… pero el destino suele jugar con las personas. Las marcas que la vida deja son difíciles de borrar y la fama de Gabriel Hander, conocido como la Bestia llegará más allá de Illianis y sus alrededores…

Capítulo 2

La boda

En el Fuerte Rotceh, se corrió como pólvora la noticia de que el gobernador había viajado a Illianis y regresado con una mujer que convertiría en su esposa.

Como lord Dardon había nacido en una familia adinerada de Illianis, el rey Aarón le había ofrecido gobernar el Fuerte Rotceh; accedió sin chistar, vendría con poder, dinero y siendo un hombre cruel y ambicioso, le parecía lo mejor. De rostro alargado, ojos adormilados, pasaba el medio siglo de vida, pero su rostro tosco y el ceño fruncido le marcaba las arrugas, haciéndolo ver mayor; cabello castaño claro, lo mantenía corto para disimular un poco la pérdida del mismo, su piel pálida no oscurecía por más sol que recibiera. La gente del Fuerte hablaba por lo bajo, decía que era porque hacía mucho tiempo que había muerto, pero tenía un pacto con la muerte, que le había permitido regresar para seguir manteniéndolos bajo el yugo de su tiranía. El pequeño pueblo luchaba por subsistir, entre los frutos del mar y el comercio de vino, telas de algodón, lana y otras cosechas, con las Tierras Antiguas y otros poblados, pero pagando grandes sumas de impuestos para mantener la vida lujosa y vacía de lord Dardon.

Gabriel que vio el cielo de las Tierras Nuevas hace casi 36 años, moreno claro, varios tatuajes de animales y figuras en sus brazos, pecho y espalda, por unos centímetros y es tan alto como un árbol, ojos café de mirada profunda y una cicatriz que comienza en la frente, pasa junto a su ojo y le corta la mejilla a la mitad, a un par de centímetros de la boca, le termina en la barbilla, atravesando todo el lado derecho, cortesía del mismo lord Dardon, una poblada barba, que se abre camino donde la cicatriz atraviesa, cabello castaño largo y casi siempre lleva recogido la mitad a media cola, mechones de cabello caen sobre su rostro.

Oicor, un par de años más joven, casi tan alto como Gabriel, de piel morena, también con tatuajes en varias partes del cuerpo, enormes ojos negros, cabello oscuro, largo, a veces suelto, a veces recogido en una trenza.

Ambos visten pantalón oscuro y camisa blanca de algodón, de manga larga, un cinturón de cuero, con bordados antús; destacaban los colores, azul, negro y blanco principalmente, botas de piel, algunas pulseras de cuero en las muñecas, del cinturón cuelga un hacha del lado derecho. Gabriel lleva una espada del lado izquierdo y Oicor varios cuchillos, en la espalda un arco y flechas en un carcaj. Se acercan junto a Iro —gordito y el más bajito de todos—, Maini —de cara alargada, de mediana estatura y delgado— y Eoré —de ojos grandes, alto y fornido— y otros guerreros de la tribu a los jardines de la mansión del gobernador, buscan detener los planes de boda de lord Dardon.

Detrás de un grupo de árboles y unos grandes arbustos es donde el grupo se escondió, los separa la calle empedrada que pasa frente a la casa, de la cerca de madera, pintada de blanco de más de metro y medio de altura. El ingreso al jardín es por un portón de hierro forjado, ahora estaba abierto para que los pocos invitados pudieran ingresar.

Desde donde estaban tenían una muy buena visión del jardín frontal y la casa de madera de roble, que está a unos cuarenta metros de la calle, pero justo frente a ellos, techo a cuatro aguas, dos niveles, ocho ventanas con marco de madera, cuatro en cada nivel, un pórtico de techo a dos aguas, enmarcando la puerta de ingreso, bellamente labrada con el escudo de la ciudad de Illianis, un rectángulo que su lado de abajo termina en punta, con marco alrededor, una espada en forma vertical del lado izquierdo, que asemeja una enorme I; del lado

derecho una serpiente, representa el poder, baja en una línea ondulada, formando una S, inicial del nombre del fundador de Illianis, el rey Stephan, y envuelve la espada con su cola.

Muy pocas personas de la alta sociedad de Fuerte Rotceh llegaban en elegantes carruajes, jalados por dos caballos, ingresaban por el portón, recorriendo un sendero de unos veinte metros, enmarcado por algunos árboles; al detenerse, los servidores de la casa del gobernador ayudaban a las personas a bajar y llevaban los carruajes hacia los establos, que están detrás de la casa, para encargarse de los caballos. La gente caminó frente a la casa hasta llegar a donde están dispuestas un grupo de sillas de madera a un costado de la misma.

La primavera estaba llegando a su fin, el calor del verano comenzaba a sentirse, el sol brillaba cada vez con más fuerza, a lo que algunas de las mujeres arrugaban el ceño, arreglándose los enormes sombreros y yendo a tomar lugar en alguna de las sillas.

Lord Dardon salió de la mansión ataviado con un traje gris y zapatos negros, con su cara agria, esbozando una sonrisa, que más parecía una mueca forzada. Se acercó al padre Lorenzo, un hombre bajito, de ojos expresivos, obeso y sin cabello; usualmente tiene el rostro amigable y feliz, pero una sombra se cierne sobre él, se nota el miedo que le profesa el gobernador, nunca se niega a cumplir lo que aquel hombre pide.

—Hay demasiados soldados —susurró Oicor de cuclillas junto a Gabriel—, incluso está el capitán Alcázar. —Y señalando con su dedo índice, cuenta en voz baja—: Son casi veinte, deberíamos haber traído más hombres. —Girando a ver hacia ambos lados a los siete guerreros antús que los acompañan.

—¿Qué pasa con Eoki? —Sonó la voz grave de Gabriel—. ¿Le diste las instrucciones correctas a tu hermana?

—Sí, le indiqué que viera la forma de hacer un tumulto en el muelle, para que el capitán Alcázar y los soldados tuvieran que ir a controlar la situación.

—Y ¿cómo haría eso? —le preguntó a Oicor, levantando la ceja derecha.

Oicor resopló.

—Mi hermana es… bueno ella, ¡ya se le ocurrirá algo!

En ese momento, una mujer con un vestido blanco de enorme falda como una campana y arrastrando una pequeña cola salió de la casa; la blusa se ceñía arriba del abdomen, por una cinta que atrás formaba un moño, las mangas eran abombadas, pero se estrechaban a lo largo del brazo hasta la muñeca, llevaba un velo que le cubría la cabeza hasta la cintura, apretaba unas flores con sus manos y caminaba titubeante hasta donde estaban las sillas. La gente se puso de pie y un violinista tocó una melodía, que más parecía una marcha fúnebre. La mujer se quedó de pie frente al padre Lorenzo y lord Dardon, pero a varios metros de distancia. Al inicio del pasillo en medio de las pocas sillas de madera y los invitados, les daba la espalda al grupo de Gabriel y Oicor. No se movía, a lo que el gobernador hizo una mueca de desagrado, la miró fijamente e inclinó su cabeza hacia el lado izquierdo, como si la amenazara con la mirada; ella comenzó a avanzar lentamente.

Un soldado ataviado con el uniforme, igual a los que estaban en el lugar —pantalón y camisa blancos, chaqueta azul, larga hasta la cadera, que se cierra al frente con enormes botones dorados, un cinturón y botas negras, con un sombrero de ala ancha, del mismo color de la chaqueta y orilla dorada—, llegó cabalgando rápidamente, se bajó del caballo de un salto y corrió hacia el capitán, que estaba de pie a un par de metros del Padre. Era un hombre alto y gordo, estaba por cumplir el medio siglo, de cabello negro corto, nariz grande y labios finos. Se quitó el sombrero para limpiarse el sudor de la frente con un pañuelo y escuchar lo que el soldado le susurró al oído, se colocó el sombrero nuevamente, le habló a lord Dardon y se dirigió a varios soldados que —incluido él— caminaron a paso apresurado hacia los establos, saliendo después de unos minutos ya montados en caballos y a trote ligero atravesaron el portón, seguidos por el soldado que llegó, girando hacia la derecha, para dirigirse al pueblo.

La mujer terminó su recorrido llegando hasta donde estaba el Padre que le sonrió apenado.

—¡Es hora! —indicó Gabriel, levantándose.

Giró y caminó hacia los caballos, montó a uno y de un salto sorteó los arbustos, los demás lo siguieron. Atravesaron la calle empedrada y entraron rápidamente por el portón, cruzando el camino flanqueado por los árboles llegaron frente a la casa. Cinco de los seis

soldados que habían quedado desenvainaron sus espadas y corrieron hacia el grupo que bajó de un salto de sus monturas.

—¡Lord Dardon y la mujer son míos! —gritó Gabriel enterrando su espada en uno de los soldados.

Los demás hicieron lo mismo con los otros soldados. Las personas gritaron y comenzaron a correr hacia la casa, otros hacia el establo. El Padre cerró de golpe su Biblia, se persignó y se quedó de pie en el mismo lugar.

El soldado que no corrió se acercó a lord Dardon desenvainando su espada y se colocó frente a él.

—¡Quédese detrás de mí, gobernador! Y camine hacia la casa. —Comenzando ambos a caminar hacia su lado izquierdo. Gabriel caminó por el pasillo blandiendo la espada.

—Así que lord Dardon ibas a casarte y no me invitaste, me rompiste el corazón al no pensar en acompañarte a tan gran evento —dijo de forma sarcástica.

—¡¿Qué diablos quieres, Gabriel?! —gritó Lord Dardon, agarrándose de los hombros del soldado, sin detenerse en su camino hacia la casa.

—Vengo a darte las felicitaciones. ¿Qué no lo ves? —Viendo a la mujer que no se movía de su lugar, se colocó frente a ella, dándole unas palmaditas al Padre en el hombro derecho—. Es bueno verte Padre.

—Es bueno verte Gabriel —respondió tartamudeando—. ¿Qué vas a hacer?

—Matar a lord Dardon y a la mujer. —Señalándola con la espada.

Lord Dardon y el soldado tropezaron, cayeron al suelo. Al verlos, Gabriel comenzó a caminar hacia ellos.

—Será mejor que corras —le dijo al soldado—, no tienes por qué morir por culpa de esa bestia.

—¡Se acercan unos caballos! —gritó Oicor, señalando hacia su derecha; por el camino hacia el pueblo se veía unos jinetes acercándose—. Son el capitán Alcázar y los demás soldados, Gabriel debemos irnos.

Gabriel se detuvo en seco, giró a ver hacia donde Oicor señalaba. El gobernador se puso de pie y logró correr hacia la casa, cerrando de golpe la puerta.

—Gabriel, ¡debemos irnos! —increpó Oicor.

—¡Al menos mataré a la mujer! —Girando sobre sus talones, se paró nuevamente frente a ella y levantó la espada. La mujer no se movió, pero a través del velo logró ver que lo miraba fijamente—. ¡Te voy a matar! —le dijo en tono desafiante, pero ella no reaccionó.

—¡Gabriel! —Se escuchó la voz de Oicor, que ya estaba montado en su caballo.

Gabriel miró hacia los jinetes que ya estaban cerca de la casa, miró al Padre que solo tenía ojos de asustado, envainó su espada, se inclinó un poco, tomando a la mujer por las piernas y colocándola en su hombro corrió hacia su caballo; la acostó sobre el lomo del animal, montó rápidamente y todo el grupo salió por el portón en dirección opuesta de los soldados.

—¡Rodearemos el pueblo, iremos a la bodega de la Taberna de Alice! —les indicó, cuando se alejaban.

Capítulo 3

Prisionera

En la bodega de la Taberna, Gabriel caminaba de un lado a otro sin dejar de ver a la mujer que aún tenía puesto el velo; estaba sentada en el suelo, el vestido se veía como una nube, tenía sus manos sobre el regazo, con los dedos entrelazados, pero seguía a Gabriel con la mirada.

—¿Por qué ibas a casarte con lord Dardon? No respondas, eres una mujer igual a él, el dinero y el poder te corrompen y los deseas tanto que… te ibas a casar, para ser la esposa del gobernador de Fuerte Rotceh, claro, el pueblo portuario más grande de estas costas. —Se puso de cuclillas frente a ella—. ¿Sabías que mata de hambre al pueblo?, sí, hay mucho movimiento en el puerto, a diario vienen barcos de las Tierras Antiguas, y de otros puertos, pero los altos impuestos no los dejan prosperar. —Se puso de pie—. Pero eso ya lo sabías, ¿no?

»Lord Dardon cree tener el poder de manejar la vida de todos a su antojo. —Resopló y pasó sus manos por la cara—. Voy a matarte y dejarte en su puerta, al menos voy a disfrutar su cara cuando te vea. —Tomó el hacha que llevaba en el cinturón y se acercó a la mujer, que seguía sin moverse—. ¡Al menos di algo!, ¡en el jardín ni te moviste! Acaso… ¿deseas morir? —Levantando el brazo derecho con

el hacha—. Me perturba tu silencio. —Bajó el brazo y colocándose frente a ella, nuevamente de cuclillas, levantó de golpe el velo; la mujer tenía la piel blanca, enormes ojos verdes, el cabello parecía de fuego, las lágrimas le corrían por las mejillas y apretaba los labios. Gabriel la vio fijamente, levantó el hacha, pero titubeó.

Oicor entró de golpe a la bodega.

—¿No la has matado? —preguntó resoplando. Gabriel se puso de pie, al tiempo que Oicor se acercaba a ella; la miró fijamente—. ¿Es real? Parece una de esas muñecas que hay en la tienda del pueblo. —Se acercó más y agachándose un poco movió su mano de un lado a otro frente al rostro de la mujer; después se giró hacia Gabriel—. Sí, es real, al menos mueve los ojos.

Ambos dieron un par de pasos hacia atrás.

—¿Qué harás con ella, Gabriel Hander?

—¿Gabriel Hander? —habló finalmente la mujer.

Ambos voltearon a verla.

—Pensé que no podía hablar —dijo Gabriel.

—¿Eres Gabriel Hander? ¿Eres la Bestia? —dijo la mujer, esbozando una sonrisa.

—¿Por qué sonríe? —preguntó Oicor, dando otro paso hacia atrás.

—¿Me conoces?

—Tu reputación te precede Gabriel Hander, en Illianis todos hablan de la Bestia, un hombre, cruel y sanguinario, sin una pizca de piedad.

—Eres cruel y sanguinario —recalcó Oicor soltando una carcajada, dándole un puñetazo en el estómago a Gabriel.

—Pero a pesar de todo lo que sabes de mí, no veo que me tengas miedo.

—No, al contrario, no podría tenerle miedo a mi salvador.

—¡¿Tu salvador?! —exclamó Gabriel, solo arqueando una ceja.

Oicor rio a carcajadas.

—Desde que vi los caballos acercarse en el jardín, supe que estaría salvada, de una u otra forma, no tendría que casarme.

—¿No querías casarte?

—Por favor, Gabriel, ¿qué mujer en su sano juicio aceptaría casarse con lord Dardon? —Habló Oicor—. No creo que ni por todo el oro y ambición aceptaran tal sacrificio.

—Lord Dardon te trajo de Illianis, ¿por qué aceptaste venir entonces?

—Me amenazó con matar a todos los servidores de mi casa, ellos no tienen por qué pagar por culpa mía, a algunos los conozco de toda la vida, y sé que lord Dardon sería capaz de eso y más. —Se puso de pie. El cabello lo llevaba recogido sostenido con una peineta de la que estaba prendido el velo también; se la quitó soltándose el cabello, que le llegaba a media espalda, y tiró al suelo la peineta con el velo—. Si eres ese hombre del que hablan en Illianis, si eres la Bestia, mátame, dijiste que lo harías, sé que la piedad no es parte de tu vida, pero, te lo pido, te lo suplico.

Gabriel y Oicor se miraron, ambos estaban atónitos ante la petición de la mujer.

—Eres la primera persona que conozco que desea morir.

—Prefiero eso a vivir siendo la esposa de lord Dardon, no podría soportar estar en su lecho. —Hizo una pausa—. Sí, prefiero morir.

—Quiere morir —habló Oicor.

Gabriel la veía fijamente, se colgó el hacha en el cinturón.

—Ya veremos qué hacer con ella —determinó comenzando a caminar hacia la puerta.

—¡Debes hacerlo! —Gritó ella, caminando rápidamente y tomándolo del brazo—. Por piedad, no me devuelvas a lord Dardon, ¡por favor! —sollozó la mujer.

—Tú misma lo dijiste, soy un ser sin piedad. —Jaló su brazo bruscamente, para que lo soltara y caminando hacia la puerta ambos salieron, cerrando de golpe.

Al cabo de unos minutos, Gabriel y Oicor ingresaron de nuevo. La mujer estaba sentada en el suelo, nuevamente; ya no lloraba, pero tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Vas a matarme? —dijo ella poniéndose de pie.

—¡Sí! Pero no hoy —aclaró Gabriel.

Ambos cruzaron los brazos y se quedaron de pie viendo a la mujer.

—¿Qué piensas Gabriel?

—¿Qué efecto produciría en lord Dardon que tú murieras? —Preguntó dirigiéndose a la mujer—. ¿Simplemente regresaría a Illianis por otra? ¿Sufriría? Si es que puede sufrir…

—Desde que lord Dardon fue nombrado gobernador, viaja a Illianis cada cierto tiempo, llevando informes al rey, informes falsos, prefiere hacerlo de esa manera, para que nadie los altere. Hace un poco más de quince años, en una de sus visitas me conoció, acababa de cumplir dieciséis y estaban celebrando mi compromiso. Desde entonces se ha obsesionado conmigo, quería tomarme por esposa en ese entonces, pero yo ya estaba comprometida al duque D´Ordón, por orden directa del rey Aarón… mi tío.

—¿Eres de la realeza? Creo que no solo es obsesión contigo —dijo Oicor, señalándola—. Estar casado con la sobrina del rey debe ser una utopía para el gobernador.

—Creo que a lord Dardon no le interesa eso, sí, tiene el favor del rey, que piensa que Fuerte Rotceh es una poderosa ciudad, llena de riquezas y grandezas, así que lord Dardon le pidió permiso, pensando que no tendría ningún problema en aceptar el matrimonio, pero el rey no permitiría que yo viniera a las Tierras Nuevas, jamás me enviaría tan lejos, soy como su hija. Lord Dardon me trajo a la fuerza y dejó una nota firmada con mi sello, donde explicaba que me lanzaría del acantilado.

—Te trajo secuestrada, prácticamente, pero no has dicho si le afectaría. —Resopló Oicor.

—Ya contestó —dijo Gabriel, acariciando su espesa barba—. Viajó a Illianis por ella y la trajo a escondidas del rey, no es por el oro o por el poder, es por ella. —Señalándola—. Está enamorado de ella.

Oicor se quedó un momento procesando la información.

—Bueno, entonces no sería solo de matarla, imagina que su peor enemigo, o sea tu —señalando a Gabriel—, la haya tomado a la fuerza, sin que él le hubiera puesto un dedo encima a la mujer del que está enamorado.

—¿Qué yo la haya violado?

—Sería un doble golpe, ¿no crees?

—A veces me asustas Oicor, estás demente. —Y viendo fijamente a la mujer dijo—: Aunque no es mala idea.

Ella retrocedió un par de pasos.

—Tranquila —dijo Oicor levantando las manos hacia ella y acercándose—. Gabriel no sería capaz de hacer algo así, es como un sacerdote, pero no por lo religioso, sino por lo eunuco. —Volteándolo a ver se encogió de hombros, al ver la mueca de desagrado de Gabriel.

—¡Quítate el vestido! —le ordenó Gabriel.

—No, solo así no —resopló Oicor, pasando sus manos por la cara—. ¿Lo ves? ¿Qué te dije? Ni siquiera tiene imaginación para eso.

En ese momento, entró una chica de la Taberna que trabaja en la cocina; llevaba una cubeta llena de sangre, con una pequeña escoba dentro, y la colocó en el suelo.

—Como lo pediste, es del cordero que se mató para la cena. —Debajo del brazo llevaba un bulto de tela azul.

—Gracias —le dijo Oicor acercándose a ella, que le entregó el bulto azul; él lo colocó sobre un barril, mientras la joven salía cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué es lo que piensan hacer? —preguntó la mujer al ver la cubeta.

—¿Te gustaría hacer sufrir a lord Dardon? —Preguntó Gabriel; ella asintió con la cabeza—. Bien, pensamos en enviarle el vestido lleno de sangre para que piense que te he matado, ¿entiendes?

—Sí —dijo firmemente.

—Sé que las mujeres que vienen de las Tierras Antiguas usan una especie de pantalón debajo del vestido, ¿verdad? —habló Oicor.

—Sí, son mallones, no pantalones.

—Bueno, quítatelos.

—¿Aquí?

—Los vamos a meter a una caja, junto al vestido, así que será mejor que nos los des.

La mujer se levantó un poco la falda, para quitarse los mallones.

—Pero no te los quites, arráncatelos, recuerda que tiene que parecer que Gabriel lo hizo.

—No puedo arrancarlos, su tejido es muy duro —dijo mientras forcejeaba, tratando de hacerlo.

—Gabriel, ¿por qué no se los arrancas?

La mujer soltó la falda del vestido y se quedó inmóvil.

—¿Quieres que meta las manos debajo del vestido de la mujer? ¿Por qué no lo haces tú?

—Si mi esposa se entera de que metí las manos debajo del vestido de una mujer, seguro me mata, lenta y cruelmente, así que debes hacerlo tú. —Le tomó del brazo, empujándolo para que se acercara—. ¡Vamos! No te hagas, no sería la primera vez que metes las manos debajo del vestido de una mujer.

Gabriel resopló.

—Espera —le dijo tomando a Gabriel nuevamente del brazo—, ensúciate las manos primero.

—¿Es en serio?

—Acá hay un poco de polvo. —Señalando un barril del fondo.

Gabriel se ensució las manos y sacudiéndolas un poco se acercó a la mujer, que dio un paso atrás.

—Sólo te lo voy a quitar. —Hizo una pausa—. ¡Eso! —Señalando hacia abajo—. Aún no voy a matarte, pero si no colaboras, igual tendré que hacerlo, ahora.

La mujer solo suspiró y rodó los ojos, se levantó el vestido un poco. Gabriel se puso de cuclillas y casi a tientas tomó los mallones y de un tirón los rompió, se levantó y se los entregó a Oicor.

—¿Ves que no fue difícil?

Gabriel resopló.

—¿Y ahora?

—La blusa y lo que usan debajo.

—¡Es un corsé! Tendré que desatarlo, si no pude romper los mallones, menos un corsé —dijo la mujer.

Oicor solo los miraba a ambos alternadamente. Gabriel volvió a resoplar y se acercó nuevamente a la mujer, sin decir nada la tomó por el escote, rompiendo la blusa y el corsé hasta el ombligo. Ella cruzó los brazos al frente y Gabriel se colocó al lado de Oicor.

—¿Está bien así?

—Sí, pero algo no me cuadra —dijo observando a la mujer de pies a cabeza—, está demasiado limpio el vestido. —Miró a su alrededor y tomando un trozo de tela con el que cubrían unos costales llenos de harina, se acercó a la mujer y dándole pequeños golpes en la falda, lo fue llenando de polvo y suciedad.

—¿Está loco? —dijo la mujer.

—Sí, siempre lo ha estado —afirmó Gabriel.